

Educación y capacitación ciudadana para el desarrollo humano y territorial

Una visión desde el imaginario urbano

Civic education and training for human and territorial development

A view from the urban imaginary

Oscar Basulto
Universidad de Santiago de Compostela
Oscarfernando.basulto@rai.usc.es

Resumen

La presentación analiza la necesidad de contar con una ciudadanía más activa y comprometida con los retos de su localidad, a través de un espíritu de participación colectiva y cooperación permanente, mediante una continua capacitación ciudadana que permita optimizar los esfuerzos de gestión, acción y cumplimiento de objetivos de bien comunitario, en distintos ámbitos del quehacer. Es una búsqueda de hacer ciudad, que genere legitimidad y confianza, más una adecuada planificación estratégica tendiente a tangibilizar las necesidades ciudadanas. Sólo así es posible incrementar el desarrollo humano y el bienestar de su comunidad, resignificando los procesos sociales y sus imaginarios urbanos.

Palabras clave: Desarrollo humano – Territorio - Imaginario Urbano.

Abstract

The presentation analyzes the need to count on one society more active and committed to their local challenges through a spirit of collective participation and a permanent cooperation, through a continuous training as society that allows to optimizing the management efforts, action and fulfillment of community asset objectives in various fields of task. It's a quest to make a city that generates legitimacy and trust, besides one adequate strategic planning tending to make tangible the needs of the society. Only then is it possible to increase the human development and the welfare of the community, resignifying the social processes and their urban imaginaries.

Keywords: Human Development – Territory - Urban Imaginary.

Acercando realidades para el desenvolvimiento social.

La era info-global genera un medio, espacio, contexto o como quiera que desee llamársele que favorece la aparición de variados o múltiples fenómenos, que sin duda van a intensificarse con el transcurrir del tiempo, que están quebrando la forma de gobernar y gestionar los territorios propios de la era industrial o mundo moderno occidental (Pascual, 2011).

Bajo ningún punto de vista, nos remitimos a plantear que vivamos hoy en un mundo posmoderno o en una era posindustrial, simplemente queremos hacer patente que hay situaciones o problemáticas sociales, o de la interacción socio-comunicativa –si se le prefiere llamar así- que, hoy por hoy, están resultando difíciles de descifrar y que están afectando distintos ámbitos del quehacer.

Pese a lo anterior, se empecina Josep Pascual (2011) en denominar o explicar nuestra contemporaneidad a través de ciertas conceptualizaciones que ya venimos estudiando hace tiempo, pero no por ello tendríamos que atribuirles un sentido explicativo totalizante, ni mucho menos. El autor agrega que debido a la intensidad del proceso de cambio de la era industrial, en que las personas se consideraban un apéndice de las máquinas) a la era del conocimiento (en que el conocimiento y la capacidad de innovación de las personas se consideran la principal fuente de valor añadido), han surgido importantes investigaciones que han puesto en evidencia los aspectos intangibles del desarrollo. En especial, los aspectos relacionales y las configuraciones culturales en las que viven los principales actores y amplios sectores de la ciudadanía, y que, sin duda, son temas básicos de la capacidad de organización y acción de los territorios.

Un aspecto que sí resulta altamente plausible, en la interacción social de las comunidades del siglo XXI, es el componente simbólico del que nos habla, implícitamente, Pascual (2011) al referirse al componente relacional y a las configuraciones culturales como componentes intangibles del desarrollo. Tema que, por cierto, ya ha sido estudiado pero abordaremos más adelante desde el multi enfoque que nos hemos propuesto (desarrollo humano – territorio – imaginario urbano).

Realizamos el presente planteamiento porque creemos que es posible dinamizar el desarrollo humano de una comunidad, en sentido positivo, a través de una planificación estratégica territorial, cuanto mejor, mientras más emane de la voz de sus habitantes. Por planificación estratégica comprendida como sostenibilidad territorial, entenderemos una

gestión con altos niveles de participación social (fomento y coordinación de la participación de todos los agentes sociales), horizontes de largo plazo, toma de decisiones en forma integrada más que sectorialmente, consideración del entorno, identificación de las ventajas competitivas, visión integral de la realidad territorial, flexibilidad decisional, concentración en temas críticos, orientación a la acción y modernidad de la administración (Barton, 2006).

Pascual (2011), experto en gestión estratégica urbana y territorial señala que en nuestro tiempo son las estrategias las que determinan el territorio y no el territorio las estrategias. Es decir, un gobierno democrático y, por tanto, representativo al perseguir objetivos de calidad de vida para la ciudadanía no puede limitar el territorio de definición de sus estrategias y políticas a sus límites administrativos, y debe establecer acuerdos multinivel con actores privados y públicos de modo transversal, motivados en el interés común. Alineado con lo anterior, pero dando un paso más allá, tendemos a pensar que no debiera ser ni el territorio ni la estrategia, sino primero el acuerdo entre personas, delimitando una planificación estratégica en relación a intereses y compromisos comunes. En este sentido, los gobiernos locales han de asumir los retos del conjunto de la ciudad o localidad, y no sólo el compromiso competencial que les corresponde de gestionar eficaz y eficientemente unos recursos económicos y unos servicios financiados por ellos; han de hacer suya y de toda la comunidad a la vez, la responsabilidad sobre el desarrollo de la ciudad en su conjunto (Pascual, 2011). La idea es que el territorio se observe en su globalidad y no fragmentado por una observación sesgada desde ópticas no cohesionadas en un proyecto común.

Es necesario señalar que estamos en búsqueda de una articulación teórica, que nos ayude a pensar modos de acercar realidades individuales y colectivas, teniendo presente el componente imaginario de la comunidad, en beneficio del bien común y su coherente desarrollo territorial en base a un plan estratégico integral, alineado con el desarrollo humano a través de la capacitación ciudadana.

El asunto pasa por ir entendiendo cada vez mejor el tiempo que vivimos, para acercar empáticamente las estructuras existentes al desenvolvimiento social. Ahora bien, sin duda que este proceso de búsqueda no será igual para todas las comunidades, sin embargo, nos parece que la metodología de trabajo puede ser transversal y que pasa por saber, en primer término, cuáles son las necesidades, intereses y anhelos de quienes hacen comunidad en los más diversos territorios de conglomerados humanos.

En este sentido, Néstor García Canclini (Canclini, entrevista por Lindón, 2007), agrega que nos hallamos en una etapa distinta a la de los estudios urbanos de hace unas

décadas, que se sentían más satisfechos con simples descripciones socio-económicas de los desarrollos urbanos o territoriales. Actualmente, se debe dar mucha importancia a lo cultural, a lo simbólico, a la complejidad y la heterogeneidad de lo social en la ciudad o localidad, debido a las dinámicas de interacción social que se están sucediendo. Es entonces cuando lo imaginario aparece como un componente importantísimo. Una ciudad o territorio siempre es heterogéneo, entre otras razones, porque hay muchos imaginarios que la habitan. Estos imaginarios no corresponden mecánicamente ni a condiciones de clase, ni al barrio en el que se vive, ni a otras determinaciones objetivables.

Como ya hemos esbozado, creemos fehacientemente que no se puede seguir avanzando en calidad de vida social sin escuchar a la gente, llámese individuo, poblador o ciudadano, es decir, todos los agentes de la sociedad deben trabajar en conjunto, en seguir lineamientos comunes de desarrollo territorial y humano en beneficio de la sociedad a nivel integral.

Siempre se plantea que la base de este asunto pasa por la educación y capacitación de los distintos estamentos sociales, sin embargo en nuestro tiempo, parece saberse técnicamente que hay que hacer, pero en la práctica no se está logrando un mejor entendimiento colectivo.

En esta línea buscamos descifrar por dónde nos debe llevar un entendimiento colectivo, pensando que es posible aunar fuerzas en pos del bien común, escudriñando en la posibilidad de la cohesión social y en el fondo de los imaginarios sociales y urbanos¹, como elementos fundamentales para poder desarrollar –posteriormente-, una sólida planificación estratégica territorial en beneficio de la mayoría de la comunidad.

Subjetividad e intersubjetividades. El rasgo imaginario en nuestras sociedades, desde la capacitación ciudadana al desarrollo humano.

La necesidad de indagar en la subjetividad humana existe porque es el punto de partida para comprender cualquier interrelación o interacción posterior, que ha de vincularse a una experiencia previa. Es de ahí donde nacen las posibilidades de conocer y de entenderse, que se pueden orientar a favorecer un armónico desenvolvimiento de las comunidades de acuerdo a sus propias significancias.

¹ Estos asuntos serán desarrollados con posterioridad en el presente relato.

Las experiencias subjetivas sedimentadas constituyen el acervo subjetivo de conocimiento en el mundo de la vida. Las primeras están condicionadas por las estratificaciones del mundo de la vida, y la sedimentación de experiencias en el acervo de conocimiento resulta de estructuras subjetivas de significatividades (Schütz y Luckman, 1977: 289).

Como sabemos, la subjetividad va directamente vinculada a la existencia y vivencias de cada persona, sin embargo, este análisis realizado de un modo aislado no nos contribuye demasiado para trabajar en la develación de imaginarios sociales, urbanos o territoriales, pues en el sentido de la presente articulación discursiva necesitamos trabajar con comunidades estableciendo relaciones complejas, las cuales responderán a un entramado social que involucrará múltiples elementos a analizar, como la identidad o la cultura, por ejemplo. Así se puede, también, tener en cuenta para el análisis que:

Cada cual defiende con énfasis su individualidad desde la convicción que dice tener de su diferencia con respecto al resto de las personas. (...) El modo operacional de cada conciencia humana moderna se encuentra íntimamente ligado a la afirmación de una singularidad o identidad (...) y con ello todas las consecuencias probables en el plano de la acción social. Por cuanto (...) esta diferenciación puede también ser argumentada desde comunidades o grupos de personas, lo que quiere decir que la identidad individual no sería más que una variante de un proceso identitario más complejo (...) (Baeza, 2000: 47).

Si tomamos conciencia de la alta complejidad que posee el presente análisis, con motivo de poder involucrar en un propósito común el accionar social, utilizando las distintas herramientas que se han mencionado en el correr del texto, probablemente resultará menos difícil comprender como la identidad pasa a jugar un rol preponderante en la diferenciación de un territorio, lo que seguramente será fundamental a la hora de hacer planificación estratégica territorial orientada al desarrollo humano de la comunidad, teniendo como condición previa el entendimiento de imaginarios sociales o urbanos que nos permitan delinear una estrategia. En este sentido, al profundizar sobre la identidad se podría decir entendiendo lo difícil que es su tratamiento que:

La identidad, de partida, es ese conjunto de mecanismos sui generis de apropiación mental e imaginada del espacio y del tiempo, cuyo responsable no es otro que el cerebro humano y su facultad de generar pensamiento organizador. La identidad (...) es sentimiento de pertenencia, pero también orientación asumida del accionar social, o lo que denominaremos (...) praxis identitaria. (...) La identidad constituye (...) una estructura precaria, con motivo mismo de su complejidad; la construcción identitaria debe ser concebida más bien como un proceso inestable e inacabado que como una arquitectura definitiva (Baeza, 2000: 48-49).

Es decir, la construcción identitaria, puede entenderse como un proceso individual y social, sujeto a altas cargas de dinamismo y tendencia a cambios, debido a que es atravesado –permanentemente- por múltiples vectores de la más diversa gama, entonces, la identidad -sin duda- vive en permanente construcción. Estado que es necesario tener claramente identificado para emprender el desafío propuesto.

Asimismo, la identidad va ligada a los procesos y manifestaciones culturales, que adquieren o no protagonismo en la urbe o territorio, en beneficio o desmedro de su comunidad.

La cultura de una ciudad depende, entre otros, de dos elementos del medio urbano: la cantidad y la calidad de la oferta y el nivel formativo de la ciudadanía. El uso ciudadano de la oferta cultural es la clave para la definición de la ciudad como cultural. El uso ciudadano dependerá también de la percepción, del significado y de las expectativas que los ciudadanos tengan de la misma y, en especial, de cómo visionan su papel en la cultura. Si este es el de consumidores de cultura, o por el contrario, el de generadores o dinamizadores de la cultura en la ciudad. El uso ciudadano de la cultura y su papel en ella será una de las principales claves del desarrollo y el atractivo cultural y la creatividad de la ciudad. El uso ciudadano de los medios culturales transformará el nivel cultural de los actores y la estructuración de sus relaciones en el acceso a la cultura (Pascual, 2011: 183).

Por lo tanto, accionar la cultura por parte de los habitantes de un territorio, puede contribuir a fortalecer lazos ciudadanos y de alguna manera hacer menos engorrosos los procesos de acuerdo social en beneficio de proyectos comunes, ya sea a nivel de una comunidad pequeña o para desarrollar un mega proyecto de planificación territorial.

Refiriéndonos ya, netamente, a la concepción de lo imaginario, hay que decir que antes que social es un fenómeno eminentemente individual, lo que Cornelius Castoriadis (1975) llamaría la producción de un fantasma fundamental. Pero un imaginario social no puede ser explicado como la simple suma de imaginarios individuales, señala Manuel Antonio Baeza (2000), pues lo social requiere de un acercamiento en cuanto a expectativas y experiencias que hagan sentido en un determinado cuerpo social, que promueva el reconocimiento colectivo, por lo tanto, la sociedad –en un sentido Luhmaniano- puede ser entendida como comunicación, pero en opinión de Baeza (2000), fundamentalmente como una comunicación basada en la experiencia e intencionada en su contexto de relaciones sociales, entendidas estas últimas en el sentido más amplio y complejo ligado a las múltiples posibilidades de la interacción humana.

Compartimos la visión de que la comunicación difícilmente sea ingenua, además agregamos que generalmente está asociada a conflictos de intereses de la más diversa especie, o a cargas ideológicas que terminan sistematizándose a través de una relación de dominación / exclusión. Es aquí donde toma relevancia la planificación estratégica territorial, exteriorizable a través de un entramado de comunicación estratégica, que no puede fallar al momento de aunar o cohesionar la voluntad social en el sentido de abordar un proyecto común de desarrollo territorial y humano en beneficio de la comunidad en su conjunto. En este sentido, Comunicación estratégica, es poner en acción la comunicación con el propósito de establecer un vínculo con el entorno cultural, social y político en una relación armoniosa y positiva desde el punto de vista de sus intereses u objetivos que deberán delinarse por una ruta común. La denominación estratégica viene de su perspectiva de mediano y largo plazo, por una parte, y del hecho de que está al servicio directo de los intereses más perdurables (Tironi y Cavallo, 2004) que se hayan establecido a través de la planificación territorial en miras de favorecer a la mayoría.

Ahora bien, teniendo presente que muchas veces este tipo de comunicación no se ha utilizado para fines comunitarios de desarrollo social, sino más bien para fines empresariales de carácter privado- lucrativo, lo cual no significa que esta potente herramienta pueda o no contribuir al desarrollo social, lo determinante será si se utilice o no, bien enfocada a esos fines.

Retomando el asunto de los simbolismos sociales, entendiendo este aspecto como un escenario propicio para recrear significados, es que ya podemos señalar, en la línea de Baeza (2000), que toda institución y todo imaginario tiene lugar al interior de un universo simbólico, lo cual implica de un modo u otro, la existencia de un ánimo de visualización de lo invisible. De alguna manera, este punto de visualización de lo invisible es el gran desafío para una gestión estratégica que busque ser honesta con la gente y que muestre proyectos con altas cargas de cohesión social en búsqueda de un desarrollo humano comunitario.

Pues bien, dicho lo anterior, nos quedamos con la definición de imaginarios sociales de Juan Luis Pintos, que señala que “los imaginarios sociales serían aquellos esquemas contruidos socialmente que nos permiten percibir, explicar e intervenir en lo que en cada sistema social se considere como realidad” (Pintos, Imaginarios sociales del Caciquismo, texto inédito), y de este modo, señala Baeza (2000), pareciera cerrarse provisionalmente el largo circuito de los imaginarios ya institucionalizados y ya socializados, a lo que se puede agregar desde la perspectiva de Pintos (1995) que los imaginarios sociales rigen los sistemas de identificación y de integración social, y que hacen visible la invisibilidad social, y he ahí donde se encuentra el mayor desafío de trabajar con los imaginarios sociales,

insistimos ahora desde la perspectiva de Baeza. Asimismo, se puede reforzar que los imaginarios sociales son “esquemas construidos y simbolizados socialmente (...) a través de símbolos” (Baeza, 2000: 34-35), situación que ya veníamos analizando.

Tras delinear la relevancia de lo imaginario y su influencia en la interacción social, se hace patente la importancia de lo simbólico, rasgo que nos lleva a darle gran cabida a la interacción simbólica, a las percepciones y a la emocionalidad de las relaciones humanas en nuestro tiempo.

Sabemos, desde las investigaciones del neurobiólogo Antonio Damasio y su equipo de la Universidad de Southern California, que no existe racionalidad si esta no está basada en emociones y sentimientos, y a la vez que la razón puede cambiar las emociones y sentimientos, en especial si se logra una mejor adaptación social y mayor calidad de nuestra supervivencia cotidiana. Razones y sentimientos son dos procesos inseparables tanto en la vida de los individuos como en la de las ciudades o territorios. Las emociones y sentimientos positivos son los que mantienen una sociedad cohesionada, y a la vez son un factor esencial para que la ciudad pueda abordar con éxito los desafíos que tiene planteados o los que se pueden llegar a planear de modo coherente a las necesidades de un lugar (Pascual, 2011), mediante una apropiada gestión estratégica.

La gestión de sentimientos y emociones es, sin duda, esencial tanto para la existencia de una sociedad basada en la convivencia y la cooperación, como en la segregación y la dominación social. Por ello, es esencial, para una buena gobernanza democrática, el desarrollo de estrategias socio-educativas y culturales orientadas a establecer una mayor densidad de relaciones y vínculos entre los distintos sectores de la ciudadanía, y que estos sean satisfactorios si bien no para todos, sí para una amplia mayoría. Para ello, será esencial el desarrollo de una intencionalidad educativa y cultural en las estrategias y políticas públicas (Pascual, 2011).

En este momento resulta interesante tratar de explicar, la relevancia que otorga la sociedad occidental, en general, a la capacitación ciudadana desde la educación, para incrementar el desarrollo humano a través de la preocupación por el capital intelectual, concepto desarrollado por Pierre Bourdieu, desarrollando primeramente otro concepto trabajado por el mismo autor, el capital simbólico, que vendría haciendo directo sentido con el aumento de la relevancia de la interacción simbólica en la sociedad de nuestro tiempo.

De este modo, el capital simbólico comprende un amplio repertorio de bienes individuales y grupales no tangibles. Bourdieu describe el capital simbólico como una propiedad cualquiera que puede ser percibida por unos agentes sociales dotados de las

categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla y que se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica o imaginada, una propiedad que, porque responde a unas expectativas colectivas socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, alejada de contacto físico. Es decir, que el capital simbólico sólo existe en la medida en que es reconocido por los otros: no tiene una existencia real ni un alcance universal, sino un valor efectivo que se basa en la aceptación del poder de ese valor por parte de los integrantes de un determinado campo: el intelectual, el académico, el artístico, el económico, o cualquier otro. A la luz de la disolución de las fronteras entre bienes culturales y económicos desde la conformación misma de las sociedades de masas, parece claro que se haya podido dar la apropiación del concepto de capital simbólico intelectual (Bettendorff y Oberti, 2008).

En este sentido, podemos percibir como el imaginario de la educación formal –como un valor positivo- se encuentra institucionalizado y fuertemente arraigado en la sociedad, pues nuestro tiempo valora o sobrevalora, muchas veces, la información y el conocimiento, no olvidemos que se ha teorizado al respecto llegando a señalar que vivimos en la sociedad de la información o en la sociedad del conocimiento, lo cual parece no tener nada de malo, e inclusive ser bueno. La pregunta que surge es ¿información y conocimiento para quién y por qué? El asunto ha de pasar por otorgar educación de calidad y que, por cierto, permita resolver los problemas de la gente en la cotidianidad y de forma efectiva.

Es decir, si tomamos a la institución educativa como agente de reproducción de un sistema de poder y consolidación de un determinado status quo, la relación de utilidad entre el campo académico y el mercado de trabajo queda limitada a la provisión de un título. Pero si pensamos en la educación como una herramienta de capacitación ciudadana orientada al desarrollo social, en que exista una revalorización del discurso y de la gestión estratégica de quienes deben orientar esfuerzos a la comunidad en general – desde la perspectiva del desarrollo territorial y humano-, entonces, se comprenderá que los bienes intelectuales obedecen al acrecentamiento de entornos dinámicos al interior del entramado social, y en este sentido habría que hacerse cargo permanentemente de dichos cambios o transformaciones. Por poner un ejemplo:

(...) por lo hasta aquí expuesto pareciera que de lo que se trata es de rescatar de la institución "Universidad" su sentido primitivo: la universalidad, la diferencia, la variedad de esos bagajes de pensamiento, de hábitos de clase, etc., que traen los estudiantes, para hacerlos prosperar y generar nuevas ideas que den respuesta a lo que la tradición cultural y

el viejo sistema clasista ya no pueden contestar. Se trata hoy más que nunca de abrir nuevas puertas más que de censurar y acallar, de crear partiendo incluso de la otredad más que de la reproducción (Bettendorff y Oberti, 2008: 2).

Ahora bien, se tendrá que, quizá, buscar cómo evolucionar hacia una aproximación menos academicista, si pensamos en capacitación orientada más al análisis de las necesidades individuales y colectivas de los trabajadores. En este cambio está inscrita la modificación de los estilos pedagógicos, que deberían pasar de una lógica de que para educar hay que enseñar, a una aproximación de que para formar se deben desarrollar las capacidades de cómo aprender. La propuesta de una enseñanza por problemas se deja combinar muy bien con la formación por alternancia, que propone el ir y venir entre aula y práctica, así como con la posibilidad de una enseñanza individualizada con avances modulares, lo que permite al individuo acoplar mejor sus atributos y capacidades personales con las necesidades de formación (Mertens, 2000), y que de alguna manera se acercaría más a la idea de capacitación laboral, apropiada para nuestros tiempos.

En esta línea, lo más relevante sería partir de la elaboración de una estrategia compartida, que de alguna manera involucre a distintos actores sociales interesados, y que las autoridades locales más avanzadas, estén dispuestas a impulsar proyectos –como ya dijimos- a través del diálogo y el acuerdo con otros actores y en especial con las administraciones públicas o distintos actores relacionados directamente con las problemáticas (Pascual, 2011).

Reafirmando la idea anterior, se agrega que la elaboración de la estrategia está suponiendo, por una parte, la superación del marco competencial para intentar dar satisfacción a las necesidades progresivas y cada vez más complejas de la ciudadanía, y por otra, el inicio de una manera de gobernar a través de la cooperación entre actores y la colaboración de la ciudadanía (Pascual, 2011).

Es decir, trabajar en unidad social parece una buena vía, sin embargo, existen ciertos temas de fondo como la educación y la salud, que no se pueden dejar a las fluctuaciones del libre mercado, más aun dicha problemática se ve agudizada con mayor fuerza en territorios nacionales de neo- capitalismo extremo, situación que con matices parece ser una constante en el mundo occidental. Si bien no se plantea nada nuevo, en la reflexión anterior, no se puede dejar de decir que algo no anda bien en este sentido, así como sigue aumentando el escape de flujos financieros a nivel planetario y la distribución de la riqueza parece no avanzar en busca de tender a equipararse socialmente, por cuanto una estrategia territorial de desarrollo integral nos supone un gran desafío.

Frente a este escenario, resulta fundamental no perder de vista que el ámbito territorial en que se establecen el mayor número de relaciones que afectan la calidad de vida de la población de una ciudad es su ámbito regional. Cadenas productivas, enseñanza superior (universidades), sanidad, movilidad (residencia-estudios y residencia-trabajo), energía, sostenibilidad, equipamientos culturales y turismo interior, entre otros (Pascual, 2011).

Entonces, podemos decir, que el hecho que un territorio disponga de una estrategia clara, consistente y compartida, en el sentido de que exista un compromiso de acción por parte de los principales actores y el apoyo de la mayor parte de las entidades representativas de la ciudadanía, aparece como un factor primordial de desarrollo humano.

Imaginos urbanos. En la búsqueda de cohesión social y territorial.

Como ya se planteó, los estudios urbanos o territoriales, hoy por hoy, están considerando la gran importancia que puede llegar a poseer el componente imaginario en el análisis de la dinámica interacción social. En este sentido, los imaginarios urbanos son considerados como:

Reconocer que la ciudad también es un escenario del lenguaje, de evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras. No debe extrañarnos, pues, que la ciudad haya sido definida como la imagen de un mundo, pero esta idea se complementaría diciendo que la ciudad es del mismo modo lo contrario: el mundo de una imagen, que lenta y colectivamente se va construyendo y volviendo a construir, incesantemente (Armando Silva, 2006: 25).

Asimismo, la ciudad se puede definir como el sistema de percepciones, representaciones y significados que las personas y grupos sociales que en ella habitan y trabajan tienen de la misma urbe y de sus instituciones. La actuación de la ciudadanía y sus distintos sectores que, en definitiva, hacen ciudad, dependerá tanto de los condicionantes del medio urbano como de las representaciones y de los significados que se forje la ciudadanía sobre sí misma. De manera muy especial incide en la actuación ciudadana la percepción de la importancia e incidencia de su propio papel en la ciudad y su futuro (Pascual, 2011).

La urbe, territorio, localidad, ya sea cualquier denominación que queramos darle, ahora ya no podemos tener dudas, que su transformación –para bien o para mal, junto a

la calidad de vida de su gente- pasa por el emerger de nuevas realidades sociales, que son producto de la actuación de unos actores que están en relación de interdependencia y actúan entre sí en unas determinadas condiciones.

El que se produzca un cambio tangible y que éste se dirija a través de objetivos de desarrollo humano será, en buena medida consecuencia necesaria de un sistema de percepción-reacción de los actores y de la ciudadanía, alineados todos en el significado que se atribuya al rol ciudadano y la orientación que se busque dar al desarrollo comunitario.

Debe tenerse en cuenta que la estrategia para la producción de desarrollo endógeno, que es sin duda el más sostenible y sostenido en el tiempo, consiste en poner en valor los recursos físicos y humanos que tiene un territorio, de ahí que las capacidades de organización y acción de los distintos actores y sectores del territorio sean tan fundamentales (Pascual, 2011).

En este sentido, podemos apreciar elementos tangibles de una ciudad, que al mismo tiempo hacen patente imaginarios urbanos. Es decir, una ciudad, desde el prisma de la construcción imaginaria, desde lo que representa, debe responder al menos, por unas condiciones físicas naturales y físicas construidas; por unos usos sociales: por unas modalidades de expresión: por un tipo especial de ciudadanos en relación con los de otros contextos territoriales; una ciudad hace una mentalidad urbana que le es propia (Silva, 2006).

Hay que recalcar que la imaginación construye individual y socialmente, y es muy probable que dichos imaginarios vividos en la urbe o alguna localidad, hagan referencia – de algún u otro modo a lo vivido y experimentado, nuevamente, individual y socialmente en determinados contextos de referencia, entonces, puede ser allí mismo donde se producen y no siempre se ven los imaginarios sociales y los urbanos. Esto sólo para reseñar que los imaginarios no son distantes a lo que somos como seres humanos, sin embargo su proceso de construcción, como ya sabemos, es complejo y permanente.

En este sentido, a decir de Pintos (2000) los materiales sobre los que hay que trabajar, entre otros, para entender la construcción imaginaria son, pues, los productos que emergen en el tejido comunicativo múltiple. Abarca lo que publican los periódicos y las revistas, lo que emiten las radios y los canales de televisión, el cine, la música; las diferentes formas del espacio que se expresan en la escultura y la arquitectura y la forma de construirlo socialmente en el urbanismo; la poesía y las novelas, los cómics, los sitios de Internet y la omnipresente publicidad. Especialmente la publicidad en todos sus tipos y

soportes, ese nuevo discurso moral que pretende monopolizar el sentido de nuestras vidas. Ahí se genera gran parte de las relevancias que construyen nuestras referencias y que evitan contarnos sus opacidades. Y asimismo, se busca influir en toda forma de interacción o representación que nos permita imaginar.

Ahora bien, refiriéndonos al Territorio pero desde una perspectiva imaginaria, se puede decir:

Fue y sigue siendo un espacio, así sea imaginario, donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos. Nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria: en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma es darle entidad física que se conjuga, por supuesto, con el acto denominativo. Estos dos ejercicios, denominar y recorrer, han de evolucionar hacia el encuentro de la región llamada territorio, como entidad fundamental del microcosmos y la macro visión. Me explico, la macro visión del mundo pasa por el microcosmos afectivo desde donde se aprende a nombrar, a situar, a marcar el mundo que comprendo no sólo desde afuera hacia dentro, sino originalmente al contrario, desde adentro, desde mi interior psicológico o los interiores sociales de mi territorio, hacia el mundo como resto. Es así como aún en épocas de globalización en el siglo XXI se puede mantener una nueva noción de territorio si lo entendemos como terreno afectivo desde donde veo el mundo como sustento imaginario. Si el desborde de las ciudades como hecho físico o social, hace que se pierdan sus límites geográficos y que por efecto de los medios y las tecnologías se construyan otras unidades de estudio que atienden a nuevas realidades, lo urbano antes que las ciudades, como lo hemos registrado, urbanismos sin ciudades. Esto querría decir que el nuevo énfasis se pone en la cultura y no en la arquitectura y que pasamos de una ciudad de los edificios a un urbanismo de los ciudadanos. Es acá donde los imaginarios urbanos expresan su potencia estética y política (Silva, 2006: 54–55).

Como de alguna manera se ha esbozado anteriormente, no cabe duda que la forma de entender la ciudad y sus habitantes está cambiando, y junto al énfasis en el componente cultural –que remacha Silva-, también se puede y debe reforzar el hecho de poner énfasis en los anhelos, frustraciones y reivindicaciones de la gente y en la representación imaginaria de la ciudad que pertenecerá a quienes la viven.

En este sentido, García Canclini (Entrevista por Lindón, 2007), señala que el imaginario no sólo es representación simbólica de lo que ocurre, sino también es el lugar de elaboración de insatisfacciones, deseos, búsqueda de comunicación con los otros.

Es así, que lo fundamental hoy es que la propia localidad, en su globalidad, se estructure como proyecto colectivo y empiece a actuar. Sin actuación, no sucede nada, pero si esta actuación no responde a los deseos, expectativas y demandas de la ciudadanía y de los principales actores tampoco habrá futuro porque será insostenible socialmente.

Entonces, en este punto llegamos a definir cohesión social, que ya ha sido anteriormente señalada. Una sociedad está más cohesionada socialmente con la existencia de una visión compartida por una sociedad y sentimiento de pertenencia a la misma. Las diferencias entre la población se consideran un valor positivo, pues es en esa diversidad donde está el potencial humano para incrementar el desarrollo humano y territorial. Las personas, independientemente del entorno territorial en el que habitan, tienen oportunidades vitales de una semejanza relativa. Desarrollan fuertes relaciones en entornos diversos: trabajo, escuelas, barrios, entre otros, que se debe buscar canalizar en objetivos comunes para el desarrollo de la ciudad. (Pascual, 2011).

En este sentido, se puede entender que Castoriadis (1975) no plantee que el imaginario se expresa a través de lo simbólico –en un sentido individual-, es decir, como una suerte de valoración social de las imágenes producidas, y que todos los miembros de una sociedad o grupo, reconocen como algo suyo, es decir en la perspectiva de una cohesión social.

Entonces, cohesión social es equiparable a capacidad de organización y acción de un territorio para afrontar sus propios retos económicos, sociales, político-democráticos y de sostenibilidad. Así, la cohesión social, debe ser entendida como capacidad de organización y acción, lo cual es clave para el desarrollo endógeno de ciudades y regiones (Pascual, 2011).

A su vez, una sociedad cohesionada no es la que no tiene conflictos, puesto que sin ellos no avanzaría, ya que es necesario expresar los conflictos y contradicciones sociales. Una sociedad cohesionada es la que dispone de modelos de interacción y mediación legitimados para resolver los conflictos y avanzar socialmente. He ahí donde pueden tener relevancia los imaginarios sociales o urbanos, interpretando y dando salida al fondo de dichos conflictos, de modo que “buscar un desarrollo por la cohesión social es buscar el desarrollo humano en su sentido más amplio” (Pascual, 2011: 163).

Para seguir avanzando en nuestro desarrollo temático, ahora podemos pasar al concepto de cohesión territorial:

El concepto de cohesión territorial va más allá de la idea de cohesión económica y social tanto ampliándola como reforzándola. Desde el punto de vista de la política, el objetivo es ayudar a lograr un desarrollo más equilibrado reduciendo las disparidades existentes, impidiendo los desequilibrios territoriales y aumentando tanto la coherencia de las políticas sectoriales que tienen una repercusión territorial como de la política regional. El objetivo también es mejorar la integración territorial y fomentar la cooperación entre las regiones (Pascual, 2011: 164).

Lo fundamental para que exista un desarrollo económico y social estable y sostenido en el tiempo, es que se activen en un territorio los potenciales, mecanismos y procesos que permiten incidir en su desarrollo económico y social. Las ciudades y regiones tienen un conjunto de recursos económicos, humanos, institucionales y culturales que constituyen su potencial de desarrollo y que es preciso poner en valor y estimular su uso eficiente.

El conjunto de recursos de un territorio constituye el capital territorial que sólo se vuelve productivo y agrega valor si existe una acción colectiva capaz de darle un valor de uso. El conjunto de recursos que constituyen el capital territorial es, en una definición mínima: las condiciones y recursos del medio natural, el patrimonio histórico, el capital fijo acumulado en infraestructuras y equipamientos, y también lo que se denomina bienes relacionales que incluyen capital humano, capital social, y la capacidad institucional. Éste es el capital territorial que es preciso activar (Pascual, 2011: 155).

Pero nada de lo anterior será posible sin que todos los habitantes del territorio estén alineados en una tarea de desarrollo común, que sea de interés y beneficio para todos. Es en esta etapa previa donde hemos señalado que los imaginarios tienen que decir, a través de su estudio, de modo de ser un sustento respecto a lo que está anhelando la gente en relación a habitar su territorio, y es eso lo que debe contemplar fundamentalmente la planificación estratégica territorial, desde una perspectiva de desarrollo sostenible.

Entonces, los procesos de desarrollo territorial se han de gestionar e impulsar de abajo hacia arriba a través de las decisiones de actores locales públicos y privados, y de la aplicación de mecanismos de control social en los procesos de desarrollo. Estos mecanismos abarcan desde la organización territorial de la producción y de las empresas, los mecanismos de regulación de las relaciones económicas y sociales, los códigos de conducta y de la configuración cultural de la población, hasta la estructura social y familiar (Pascual, 2011). De modo, que conocer y trabajar desde la configuración de estos

procesos sociales, por ejemplo, descubriendo e interpretando imaginarios sociales o urbanos, resulta fundamental para una planificación estratégica de desarrollo humano y territorial que busque proyectarse y cumplirse en el tiempo, relación que buscamos seguir reafirmando.

Ahora bien, para promover este desarrollo orientado por los objetivos de cohesión social y territorial se requiere de una acción societaria sólida, es decir, de un determinado marco operativo para poder realizarlos. Es preciso generar una dinámica entre los actores económicos, sociales e institucionales para producir un desarrollo humano sostenible (Pascual, 2011).

A modo de síntesis

A nivel de conclusión preliminar, a modo de síntesis, podemos señalar algunos planteamientos generales que nos mantendrán por un buen tiempo más en etapa de discusión y reestructuración. Pese a ello, la línea por la que viaja este relato, tiende a hacernos creer que existe la necesidad de abordar los estudios urbanos o territoriales, a través de equipos de trabajo multidisciplinarios, de modo que sea posible llevar a cabo tanto investigaciones cualitativas como cuantitativas, o según sea la necesidad de cada caso realizar estudios mixtos, por cuanto la intención es poder llegar a ciertos resultados coherentes con la realidad social, que permitan tomar decisiones en relación al bienestar integral de las comunidades, a través del estudio de los imaginarios sociales y la estructuración de una planificación estratégico territorial acorde con las opacidades imaginarias develadas.

También, tendemos a creer que la identidad no es un problema en sí mismo, ni tampoco un elemento a considerar en forma aislada al momento de pensar en la problemática abordada, sino que más bien podría formar parte del terreno de acción –a nivel integral-, constituyendo el dinámico escenario en que se deben desarrollar las estrategias de cohesión social y territorial en virtud del desarrollo humano y comunitario.

A su vez, como se ha señalado, las percepciones, sentimientos, construcciones imaginarias y simbólicas juegan un rol cada vez más importante en la articulación social contemporánea, por cuanto son rasgos a tener en consideración al momento de buscar comprender y trabajar con las complejas y dinámicas relaciones sociales en la actualidad.

Asimismo, los procesos humanos individuales y colectivos deben ser analizados al detalle y consensuados a la hora de pensar en planificaciones estratégicas urbanas o territoriales –lo que ya se ha venido planteando-, por cuanto se debe ser coherente con el

alma del territorio en virtud de plantear una planificación con posibilidad de éxito en el tiempo, pensando en un desarrollo humano y territorial que beneficie a grupos concretos.

Por su parte, el sistema educativo tradicional parece estar en crisis hace ya un buen tiempo, en muchas sociedades occidentales. Entonces, teniendo en consideración lo anterior, se puede delinear una ruta para mejorar la educación de base y la capacitación de las personas que ya están trabajando, orientada a ser coherente con las necesidades y anhelos de la gente, encausando dicho propósito a través de una planificación estratégica territorial integral de largo plazo, que permita a más personas alcanzar el desarrollo humano, seguir mejorando la calidad de vida en sus localidades y, en definitiva, tener sociedades más cohesionadas y acercándose a una armonía.

Referencias Bibliográficas.

Baeza, M. (2000). *Los Caminos Invisibles de la Realidad Social. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales.* Santiago de Chile: Ril editores.

Barton, J. (2006). Sustentabilidad urbana como planificación estratégica. *Revista Eure*, 32(96), 27-45. [Versión electrónica]. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/eure/v32n96/art03.pdf>

Bettendorff, M y Oberti, L. (2002, Febrero). *Capital Intelectual y Mercado de Trabajo.* Ponencia presentada en Las X Jornadas de Reflexión Académica, Universidad de Palermo, Buenos Aires. Recuperado de http://fido.palermo.edu/servicios_dyc/publicacionesdc/archivos/118_libro.pdf

Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la Sociedad.* Buenos Aires: Tusquets Editores.

Lindon, A. (2007) (Entrevista). Diálogo con Néstor García Canclini ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? *Revista Eure*, 33 (99), 89-99. [Versión electrónica]. Recuperado de www.scielo.cl/pdf/eure/v33n99/art08.pdf

Mertens, L. (2000). *La gestión por competencia laboral en la empresa y la formación profesional.* Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos, para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI).

Pascual, J. (2011). *El papel de la ciudadanía en el auge y decadencia de las ciudades. El fin del gerencialismo o la recuperación de lo público y sus actores.* Valencia: Editorial Tirant lo Blanch.

Pintos, J. (1995). Orden social e imaginarios sociales. Revista Papers (45) 101-127. [Versión electrónica]. Recuperado de <http://ddd.uab.cat/pub/papers/02102862n45/02102862n45p101.pdf>

Pintos, J. (2000). Construyendo realidad(es): Los imaginarios sociales. Santiago de Compostela / Buenos Aires. Recuperado de <http://idd00qmm.eresmas.net/articulos/construyendo.htm>

Pintos, J. (2011). Imaginarios sociales del Caciquismo, Manuscrito no publicado. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España.

Schütz, A. y Luckman, T. (1977). Las Estructuras del Mundo de la Vida. Buenos Aires: Amorrortu.

Silva, A. (2006). Imaginarios Urbanos. Bogotá: Arango editores.

Tironi, E. y Cavallo, A. (2004). Comunicación Estratégica. Vivir en un mundo de señales. Santiago de Chile: Editorial Taurus.

Datos del autor

Oscar Basulto es Periodista y Licenciado en Comunicación Social, por la Universidad Católica de la Santísima Concepción (Chile). Es además, Magíster en Comunicación Estratégica, por la Universidad del Pacífico (Chile). Actualmente se encuentra realizando su Tesis Doctoral en Sociología, en la Universidad de Santiago de Compostela (España).

Historia editorial

Recibido: 10/11/2011

Primera revisión: 17/11/2011

Aceptado: 04/12/2011
